





MATRIMONIO PACTADO



Rosa M. Sáenz

MATRIMONIO PACTADO



Primera edición: diciembre de 2017
Segunda edición: mayo de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Rosa M. Sáenz

ISBN: 978-84-16824-90-8
ISBN digital: 978-84-16824-91-5
Depósito legal: M-33562-2017

Editorial Adarve
C/ Marcenado 14
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedicado a mí padre, que se ha ido hace poco,
pero que siempre estará conmigo.*



Agradecimientos

A mis «compis». Ellas saben que son las responsables de que me haya zambullido en esta aventura.

A Roberto: Siempre a mi lado.
Siempre en la sombra.
Siempre incondicional.



CAPÍTULO 1

Aquel último tramo del camino pedregoso y polvoriento le parecía más largo que nunca. No lo recordaba tan generosamente extenso, aunque quizás fuera su ansiedad, por estar de nuevo en casa. Los últimos dos años sí que habían sido interminables, pensó Roxana. Su precipitada huida del castillo volvió a ocupar sus pensamientos. Supo que su tía viuda Emily, hermanastra de su padre, había llegado a Tubrique pocos meses después de su marcha para ponerse al frente de la propiedad y, desde entonces, esperaba su llamado para regresar. Rememoró aquellos dolorosos días y sus ojos se humedecieron, como lo habían hecho tantas veces en esos últimos dos años.

Roxana respiró profundamente y disipó la tristeza de su mente. Hoy no era día para la melancolía. Estaba de nuevo en casa, en su casa. Por fin su tía Emily había mandado avisar para que regresara al hogar. Hubo momentos en que temió que nunca lo hiciera, pero Dios había escuchado sus oraciones. Todo sería más llevadero si estaba rodeada de sus objetos más personales. Los mismos que había compartido con sus seres más queridos, su padre y su madre.

No pudo evitar que volvieran a ocupar su mente. Por una vez imaginó lo hermoso que sería que sus progenitores la esperaran en la escalinata de entrada. Lo maravilloso que sería que sus padres no hubieran muerto en aquel horrible asedio. No quiso engañarse. Si algo le había enseñado su padre era a aceptar la realidad tal como viene. Debería darse por contenta con regresar a casa y pasar el resto de su vida en el lugar donde había sido tan feliz de niña.

Por fin tuvo su hogar a la vista. Sacó la cabeza por la estrecha ventanilla del carruaje y divisó el pórtico de entrada que, milagrosamente, se mantenían en pie, si se tiene en cuenta que parte del muro exterior, tanto a derecha como a izquierda, había desaparecido. Le parecía mentira que una construcción con casi dos siglos a sus espaldas, hubiera podido soportar un asedio como el que había sufrido.

El inmenso boquete existente en la muralla le permitió avistar todo el patio interior. No había ni rastro de la herrería y la valla que delimitaba el pequeño corral donde convivían ovejas, vacas y gallinas, se había convertido en un simple montón de maderos apilados en un rincón. No divisó ninguno de esos animales domésticos en todo el recinto. La zona que antes ocupaba el pequeño jardín, antaño perfectamente cuidado, presentaba ahora un lamentable abandono, pero no importaba. Ahora que ella estaba allí volvería a cuidar amorosamente de él, como primero lo había hecho su madre.

La escalinata y la fachada principal seguían intactas, como ella las recordaba, aunque de pasada pudo ver varios apuntalamientos en las fachadas laterales.

Volvió a entristecerse recordando el esplendor perdido, pero sólo fue un instante. «¡Estás en casa!», se repitió a sí misma, eso es lo único que importa. Todo lo demás puede arreglarse.

Saltó del carruaje casi en marcha y antes de entrar en la casa, corrió hasta los establos para comprobar su estado. Saludó a todos los sirvientes que encontró a su paso. Todos se alegraban de volver a verla. Correteó de aquí para allá, como lo hacía cuando era una chiquilla y ningún detalle escapó a su rápida inspección visual.

Daniel, desde la ventana del segundo piso, vio detenerse el carruaje y se sorprendió al ver salir de él a una figura femenina que emprendió una frenética carrera en dirección contraria a la entrada.

Quedó algo decepcionado. Tal vez su hermano le había hecho comprometerse con una chiquilla todavía inmadura para el matri-

monio. Sabía que era casi diez años más joven que él, pero confiaba en el buen juicio de su hermano. Si él pensaba que era apropiada, debía de darle una oportunidad.

Marta la esperaba en el recibidor, semiescondida junto a las escaleras. En cuanto escuchó crujir el gran portón de madera, abandonó su escondite y llamó a media voz a su joven señora.

—Señorita, señorita Roxana.

Roxana se giró rápidamente al reconocer la voz de su fiel sirvienta.

—Marta —gritó ya corriendo hacia ella.

La sirvienta extendió sus brazos y esperó paciente a que Roxana se hundiera entre sus pechos.

—Marta, Marta, ¡cuánto te he echado de menos! Sensible como era la fiel Marta, no pudo contener la emoción y lloró de alegría.

—Mi pequeña, mi pequeña niña. A ver, a ver. Sepárate, déjame que te vea.

Roxana giró sobre sí misma complaciendo a su ama de cría y corrió a refugiarse de nuevo entre sus brazos.

—Dios mío, si ya eres toda una mujercita.

—No digas eso —protestó la joven con el rostro hundido en el pecho de la mujer.

—¿Por qué? Si es la verdad.

Roxana levantó la vista para sonreírla antes de contestar.

—No quiero dejar de ser tu pequeña niña nunca.

La fiel Marta, carcajeó de buen grado.

—Mi niña, por mucho que crezcas, nunca dejaras de ser mi pequeña.

Roxana volvió a hundir su rostro en las ropas de la sirvienta y aspiró profundamente su aroma.

—Mmmmm, solo con olerte me parece que nada ha cambiado.

Marta, que conocía los planes de la señora Emily Tubrique, se entristeció al oírla. Sacó su pañuelo del bolsillo y secó las lágrimas

que poco antes eran de alegría y ahora se entremezclaban ya con las que provoca la tristeza, al saber cuan breve iba a ser este reencuentro.

—Todo ha cambiado, chiquilla —afirmó melancólica la fiel Marta. Nada volverá a ser igual que antes, pero debemos aprender a aceptar lo que la vida nos trae y buscar lo mejor de cada momento.

Roxana volvió a levantar la vista algo extrañada de las palabras de su fiel Marta.

—¿Por qué hablas así? Parece que nos estuviéramos despidiendo en lugar de acabar de reencontrarnos.

Roxana pellizcó cariñosamente la mejilla de la mujer.

—Otra vez en casa, Marta, va a ser maravilloso, ya lo verás.

—Pequeña, no esperes demasiado de tu tía.

Roxana la regaló otra de sus sonrisas.

—No te preocupes, me portaré bien y acabaré ablandando su corazón.

—¡Roxana! —se escuchó desde lo alto de las escaleras. ¿Estás ahí?

—Sí tía, acabo de llegar.

—Sube enseguida —ordenó la voz.

Roxana hizo un guiño a Marta y se puso en marcha, pero esta le sujetó la mano sin dejarla alejarse. Marta sabía que muy probablemente no tendría otra ocasión de abrazar a su pequeña.

Partiría ese mismo día hacia su nuevo hogar y pasaría mucho tiempo hasta que regresara. «Tal vez, cuando lo haga, yo ya no esté aquí», temió la fiel Marta. —¿Qué pasa nana? ¿No te encuentras bien?

—Sí, no te preocupes por esta vieja, estoy tan contenta de verte... Anda, no hagas esperar a tu tía.

Roxana se abrazó a su cuello y la besó antes de correr escaleras arriba.

Daniel, con la puerta entreabierta, espiaba desde la habitación contigua. Oyó el galope de Roxana escaleras arriba y casi no pudo contener la risa cuando la vio detenerse bruscamente delante de la puerta para recomponer su peinado y atusar su vestido. Al instante, golpeó con los nudillos la puerta y esperó respuesta.

El caballero oyó la voz áspera de la señora Emily Tubrique, invitándola a pasar. La muchacha, respiró hondo y entró pausadamente en la sala contigua.

Cuando la muchacha abandonó el corredor, él se retiró de la puerta y se instaló en uno de los sillones a esperar pacientemente.

Imaginó la sorpresa que iba a suponer para la joven la noticia de su rápido enlace. Él había insistido para que, ya por carta, su tía le hubiera comunicado sus planes, pero la señora Emily Tubrique se había mostrado inflexible en ese punto. Según ella, era mucho mejor que se lo comunicara en persona.

—Buenas tardes tía. ¡Cuánto me alegro de estar aquí de nuevo! ¿Cómo estáis?

La señora Emily Tubrique aceptó de mal grado el efusivo abrazo de su sobrina e intentó resultar más simpática de lo acostumbrado, cosa que, aunque sorprendió a Roxana, que recordaba lo arisca que era siempre cuando, aún en vida de sus padres, iba a visitarles, le agradó enormemente al creer que los sentimientos hacia ella habían cambiado. Roxana quiso aprovechar la buena acogida para comentar todos sus planes.

—Tía, me parece mentira estar aquí de nuevo. He soñado tanto con este momento... En estos meses no he dejado de pensar en esta casa. Necesita muchos arreglos a causa del asedio, pero tengo soluciones para todo. Quiero restaurarla de arriba abajo.

Roxana detectó un gesto de contrariedad en el rostro de su parienta y rápidamente añadió:

—Por supuesto con vuestro consentimiento.

—Creo que traes demasiadas energías acumuladas y eso es bueno, no me malinterpretes.

—Solo quiero que esta casa vuelva a tener el esplendor que tuvo un día —justificó Roxana.

—No te confundas, me parece muy bien que estés interesada en construir un hogar. Pero no has de malgastar tus ideas ni tus energías en este.

Roxana no comprendió.

—¿Por qué no? Este es mi hogar.

—Solo hasta que contraigas matrimonio, entonces deberás abandonarlo.

Roxana sonrió de nuevo.

—¡Uf, me había asustado! No os preocupes por eso, no pienso abandonar esta casa. No tengo ninguna intención de casarme.

—Lo que me temía —exclamó drásticamente la señora Emily Tubrique, frunciendo el ceño. Tú eres joven y no sabes lo que te conviene, pero yo, como único pariente y tutor tuyo, he de velar por tus intereses y saber que es lo mejor para ti.

Roxana imaginó que su tía iba a soltarle otro de sus discursos sobre el gran peso que había caído sobre sus espaldas al tener que cuidar de ella, pero su rostro palideció cuando en un momento del monólogo de su tía escuchó:

—... por eso yo misma me he encargado de buscarte un esposo.

La señora Emily Tubrique vio el asombro en el rostro de su sobrina y no se alarmó. Lo esperaba. Gracias a la sorpresa conseguiría subirla en el carruaje del caballero antes de que pudiera pensarlo mejor y huir de allí.

—¿No dices nada? Después de todos mis esfuerzos ¿Esta es la recompensa que obtengo? Muchas jovencitas envidiarían tu suerte.

—Perdonad tía, pero no veo la necesidad de tener un prometido. Soy muy joven y...

—Sí, sí, sé lo que vas a decir y tienes razón, no es una cosa imperativa, podríamos esperar, pero hay que aprovechar la oportunidad cuando se presenta. Los pretendientes, por motivos de la guerra, escasean y las circunstancias se han presentado así.

—Pero tía, yo no quiero...

La señora Emily Tubrique había agotado ya toda la escasa paciencia con la que había sido engendrada, así que, cuando interrumpió a Roxana, lo hizo con su arisco tono de voz habitual.

—Por favor niña, basta ya de quejas. No solo ha de hacerse lo mejor para ti. Debes pensar en la familia. Tú eres la única representación de ella y si no te ocupas de resolverlo serás la última. Nuestra familia se perderá para siempre sin vástagos que hereden nuestra historia.

Roxana escuchaba cabizbaja, sin poder creer todavía que su tía hubiera podido prometerla en su ausencia.

—No es tan terrible. En nuestra familia los matrimonios siempre han sido pactados por adelantado. Tus padres lo hicieron así y los míos también. ¡Ojalá hubiera tenido yo alguien que se ocupara de mi porvenir, como yo he hecho contigo! Ahora no estaría tan sola.

—Tía, no tenéis por qué estar sola. Yo podría cuidar de vos. Me quedaría aquí, para siempre, y lo haría con gusto.

La señora Tubrique derrochó un nuevo gesto maternal.

—Lo sé hija, lo sé. Ese es mi sacrificio, tener que vivir sin tu compañía. El tuyo es acceder a mis deseos.

—Pero tía es que yo...

—Confía en mí. Te aseguro que es muy apuesto y un gran caballero. Al menos, dale una oportunidad. Déjame que te lo presente y si te parece horrible, olvidamos el tema ¿de acuerdo?

Roxana continuó con la cabeza agachada. Por el momento nada haría cambiar a su tía de opinión. Tal vez sería mejor ganar un poco de tiempo e intentar convencerla poco a poco.

—Está bien tía. Lo que vos digáis. Concierte una cita y le conoceré si es lo que queréis.

—Estupendo, ahora sí reconozco el talante de nuestra familia. Sabía que podía confiar en ti, por eso me he adelantado a tus deseos. Le hice saber que llegabas hoy y no ha querido perder tiempo. Espera aquí al lado, para conocerte.

Roxana se puso en pie aterrada.

—¿Esta aquí?

—Así es. Le haré pasar —anunció la señora Emily Tubrique camino ya de la puerta.

—Esperad, esperad un momento tía, por favor.

La mujer se detuvo.

—No..., no estoy preparada. Yo pensé que... pensé...

—Es mejor así, cuanto antes mejor.

Roxana sabía que el tiempo se le terminaba. Debía de pensar algo y ya.

—Pero con el largo viaje, estoy hecha un desastre. Necesito asearme y cambiarme de ropa.

La señora Emily Tubrique sonrió levemente y Roxana creyó que había ganado la batalla, pero se equivocó.

—Estoy segura de que sabrá comprender y disculpar tu aspecto.

De nuevo la señora Emily Tubrique caminó hacia la puerta, mientras argumentaba jocosamente:—No me veo con fuerzas de retrasar el encuentro ni un minuto más. Creo que no lo soportaría.

La puerta se abrió y Roxana tuvo que tomar asiento para no caer desplomada.

Escuchó como su tía, muy cortésmente, invitaba a pasar al caballero.

Para cuando este entró en el pequeño saloncito, Roxana le esperaba ya en pie.

—Señor de Trento —anunció la señora Emily Tubrique cuando este se hubo colocado ante Roxana—, tengo el gusto de presentarle a mi bella sobrina, la señorita Roxana de Tubrique. Querida Roxana —añadió dirigiéndose ahora a su sobrina—, este es el caballero Dániel de Trento, tu prometido.

Ante estas últimas palabras Roxana sintió un nuevo calambre en sus piernas.

Dániel alargó su mano buscando la de la joven y cuando la tomó, se la llevó a los labios y depositó un minúsculo beso sobre sus dedos.

—Esperaba ansioso este momento desde hace semanas.

Dániel no había levantado la cabeza. Seguía inclinado hacia delante y solo sus ojos se elevaban para mirar a Roxana. Sus palabras rebotaron en la mano de Roxana y su aliento hizo flaquear de nuevo el frágil cuerpo de la joven.

Daniel advirtió el leve tambaleo e instintivamente la sujetó por la cintura.

—¿Os encontráis bien? No pretendía turbaros con mis palabras, todo lo contrario.

—Y yo os lo agradezco, tan solo me cogió desprevenida. Me lleváis ventaja, señor. Hace semanas que os preparáis para este encuentro. Yo, sin embargo, hace tan solo unos minutos que he sabido de vuestra existencia.

—Bueno, bueno, solo ha sido un vahído sin importancia — interrumpió la señora Emily Tubrique— producido seguramente por la emoción al encontrarse con un caballero tan apuesto ante sí. ¿No es cierto, querida sobrina?

Intencionadamente, no dio tiempo a que la joven contestara. No tenía intención de dejar que una chiquilla llevara el curso de la conversación y pudiera con ello estropear, con algún comentario fuera de lugar, lo que tanto esfuerzo le había costado conseguir.

—Vamos a tomar asiento —añadió indicando los sillones.

La señora Emily Tubrique se dirigió hacia los amplios sofás donde ya aguardaba sobre la mesita una bandeja con copas y una botella de licor.

La muchacha seguía con la cabeza baja y su mano prisionera de la del caballero.

Daniel observaba ahora desde escasos centímetros las facciones tan perfectas de aquel rostro.

Roxana tiró con fuerza de su brazo para liberar su mano y sintió con ello que su corazón recuperaba su ritmo habitual. Se sentó junto a su tía y hubo de escuchar como esta hacía un elogioso discurso sobre las múltiples cualidades de su sobrina.

Sintió en todo momento los ojos del caballero fijos en ella y esto hizo que su corazón volviera a acelerarse, ya sin necesidad siquiera de que la tocara.

Su tía dejó la retórica y pasó a intentar sonsacar al caballero, con toda la diplomacia con la que Dios le había dotado, para que le enumerara, con la mayor exactitud posible, el listado de todas sus

propiedades. Ella había hechos sus propias averiguaciones, pero quería que su sobrina lo escuchara y quedará impresionada y agradecida por su elección.

El caballero fue sometido a un exhaustivo interrogatorio y fue entonces cuando Roxana aprovechó para observar con detalle a su prometido.

Por una vez, estaba de acuerdo con su tía. No se podía negar que aquel caballero era muy apuesto. Tal vez un poco mayor para ella, pero siempre le habían gustado los hombres así.

Daniel seguía contestando, lo más banalmente que le era posible, a las cuestiones que la señora le planteaba. Se dio cuenta que Roxana le miraba e intencionadamente hizo coincidir sus miradas en más de una ocasión, consiguiendo, por supuesto al instante, que la muchacha desviara su mirada. «¿Sería sincero aquel rubor y aquella inocencia que irradiaba la joven o tan solo era una treta femenina más para hacerle caer en sus redes?», se preguntó Daniel.

—Y dígame, ¿en cuál de sus propiedades piensa vivir con mi sobrina?

—En el castillo de Trento, por supuesto. Es allí donde ha vivido mi familia desde hace generaciones. Mientras mi hermano siga en el frente, no puedo abandonar el castillo. Cuando regrese puedo plantearme otras alternativas. ¿Quién sabe? Tal vez nos mudemos a otro lugar.

—¡Vaya Roxana, no te quejarás! Aunque no conozco la mansión, he oído decir que es una de las propiedades más bellas de la comarca.

—Puede visitarnos en cuanto lo desee —invitó el señor de Trento.

—Lo haré, os lleváis mi joya más preciada. Pienso comprobar con mis propios ojos que tal la cuida.

—Repito mi ofrecimiento encantando y ahora, si no hay inconveniente, creo que es hora de emprender el regreso. Se está haciendo tarde.

Roxana se sintió aliviada al saber que el caballero se marchaba ya. Para ser el primer encuentro su corazón galopaba demasiado deprisa.

—Me habría gustado que hubiéramos podido cenar juntos —mintió la señora Emily Tubrique—, pero vos sois el que mandáis.

—Se lo agradezco, pero mañana debo estar sin falta en Trento y me temo que, si no partimos enseguida, deberemos hacer noche en el camino.

Roxana se extrañó que el caballero hablara en plural. No sabía que hubiera venido acompañado.

—Bien hijita, espero que estés contenta con mi elección.

Roxana no pensaba mentir. No estaba dispuesta a seguir la corriente a su tía por muy guapo que fuera el candidato. No le gustaba que hubiera acordado su compromiso sin consultarla y tenía intención de dejarlo muy claro, pero Dániel se le adelantó.

—Es muy pronto todavía. Necesitamos unos días para averiguarlo.

El caballero se levantó sin previo aviso y extendió su mano hacia la muchacha, preguntando.

—¿Nos vamos?

Roxana abrió los ojos desorbitadamente y sin comprender a que se refería, preguntó:

—¿A dónde?

—A casa, por supuesto —contestó socarronamente Dániel.

La joven miró a su tía, interrogándola con la mirada.

—Yo ya estoy en casa —aclaró, aunque le parecía algo obvio.

Ahora fue Dániel el que miró a la señora Emily Tubrique y comprendió que esta no había explicado toda la verdad a su sobrina. Se enfureció con aquella mujer por intentar dominar de aquella manera la voluntad de la muchacha.

Él no estaba dispuesto a participar en aquel engaño. Se arrodilló frente a Roxana y dulcemente, como si hablara con una niña, intentó explicar toda la situación de una manera clara y definitiva.

Desde hoy, esta ha dejado de ser vuestra casa. Vais a ser mi esposa y mi casa será la vuestra.

—Pero para eso falta mucho tiempo —interrumpió la dama.

—El tiempo es algo muy relativo. Depende de a lo que vos llaméis mucho. Para mí unas cuantas horas es poco tiempo.

Roxana no pudo continuar sentada. Se levantó tan rápidamente que casi hace caer al caballero, que seguía acucillado a sus pies.

—Pero ¿qué locura es esta? ¿Queréis decir que vamos a casarnos ya?

—Al venir para aquí, avisé al sacerdote para que lo preparase todo para mañana —respondió él

—Ya de pie.

Roxana abrió la boca de par en par y ocultó la cavidad con sus manos.

—Dios mío, mi compromiso va a ser el más corto de la historia. ¡Es imposible!

—Me temo que no. Tengo mucho trabajo en mis tierras y esto está demasiado lejos para tener que venir a cortejaros. En realidad no tengo tiempo de cortejar a nadie, por eso elegí esposa de esta manera. Cuando se lo propuse a su tía le pareció bien.

—Pero es... descabellado. Si ni siquiera me conocía.

—Es cierto, pero me fío del buen juicio de mi hermano.

—Tampoco conozco a vuestro hermano —replicó la joven, ya bastante alterada.

Él oyó hablar mucho de vos cuando llegó al castillo —respondió suavemente Dániel, mientras la observaba pasear nerviosa de aquí para allá, negando con la cabeza.

—Bueno, basta ya —sentenció malhumorada la señora Emily Tubrique, harta ya de tantos buenos modos. Deja de comportarte como una chiquilla contrariada y asume tus obligaciones. Nuestra familia tiene una gran deuda con los Trento por habernos devuelto nuestras propiedades. Yo soy tu tutora y, como tal, puedo concertar tu matrimonio si así lo creo conveniente. Y da la casualidad de que me parece la forma más justa de zanjar nuestra deuda.

Daniel quiso intervenir.

—Señora, no es cuestión de ...

Por favor señor de Trento, déjeme solucionar esto a mi modo.

La señora Emily Tubrique se giró de nuevo hacía la joven y terminó su letanía.

—Tu obligación es acatar y obedecer mis deseos sin protestar.

Pero tía, yo no puedo irme con él, acabo de llegar, necesito más tiempo, quiero ...

—Ya estamos con el yo quiero. Deja de avergonzarme ante este caballero. Doy gracias a Dios porque tus padres no pueden verte en este momento.

Roxana bajó la cabeza. Realmente se sintió culpable, aunque no supo de qué.

La señora Emily Tubrique, al verla sumisa de nuevo se acercó y acarició torpemente sus cabellos, añadiendo en tono conciliador.

—Te aseguro que es lo mejor. Si ahora te instalas aquí, luego aún te será más difícil marcharte. Créeme, es mejor así. Yo cuidaré de esto por ti y podrás venir a visitarme siempre que quieras.

Roxana continuó con la cabeza baja.

—Anda, vamos, os acompañaré hasta la puerta.

Roxana dirigida por el brazo de su tía, echó a andar sin saber muy bien porqué. Solo cuando llegaron al final de la escalinata se detuvo y volvió a levantar la vista.

La señora Emily Tubrique temió que volviera a insistir, pero ella se limitó a hacer una última petición antes de marcharse.

—¿Puedo despedirme de mamá Marta?

La señora Emily Tubrique torció la boca en lo que parecía una sonrisa.

—Ya has oído al caballero, debéis partir cuanto antes.

—No creo que importe mucho un pequeño retraso —concedió de buen grado Daniel muy incómodo por aquella situación.

Marta, que aún sollozaba en la cocina, escuchó gritar a Roxana por el estrecho pasillo que comunicaba la entrada de la casa con las dependencias del servicio.

—¡Mamá Marta!, ¡Mamá Marta!
—Estoy aquí hijita, estoy aquí.
—Mamá Marta, me marchó, no puedo quedarme —exclamó sollozando la joven.

—Ya lo sé, mi niña, ya lo sé. Si yo pudiera evitarlo.
—Quiero morirme Marta. Me quiero morir.
—No digas eso ni en broma, mi niña, ¿me oyes?, ni en broma —ordenó la sirvienta zarandeándola levemente por los hombros.
Roxana volvió a abrazarse a aquel voluminoso cuerpo.
—¿Qué voy a hacer ahora, mami?
—Seguir viviendo, mi niña.
—Creí que la vida ya me había castigado bastante. Creí que no podía pasarme nada peor.

Marta besó sus cabellos y los acarició amorosamente.

—La vida todavía te depara algún golpe más, no lo dudes, pero también te sorprenderá con algunas alegrías y ¿quién sabe? Tu partida de esta casa puede conducirte a una de ellas. Vi a tu prometido cuando llegó y me pareció todo un caballero y además con buena planta. He oído hablar de él y todo han sido cosas buenas. Dale una oportunidad.

—Pero Marta, tengo que casarme con él mañana. ¡Mañana! Nadie me preparó para eso. Yo no sé qué debo hacer, no sé cómo comportarme.

Marta se compadeció de la pobre criatura.

—Mi niña, ya es tarde para enseñarte, solo puedo decirte que te dejes llevar por tu corazón. Él sabrá lo que debes hacer. Yo sé que eres fuerte. Sé que conseguirás superar todo esto y que lograrás ser feliz. Lo sé porque lo mereces. Te ha tocado madurar muy deprisa, pero siempre fuiste muy precoz para todo.

Roxana volvió a sentir que sus ojos se humedecían. Marta no la dejó llorar de nuevo.

—Escúchame, eres fuerte, ¿me oyes? Eres muy fuerte y vas a superar toda esta pesadilla. Da una oportunidad a ese hombre, es tu tabla de salvación. Te aseguro que a poco bueno que sea, estarás mejor con él que con tu tía.

La muchacha afirmaba con la cabeza mientras intentaba contener el llanto.

Llegaron abrazadas hasta el vestíbulo. La señora Emily Tubrique, impaciente ya porque su sobrina partiera, se acercó presta a recibirla.

—Venga niña, no entretengas más al caballero que tiene cosas más importantes que hacer.

«¿Más importantes?», pensó Roxana. «¿Más importante que conceder un último deseo a su futura esposa antes de que abandone, quien sabe para cuanto tiempo, su hogar?».

—En este momento —afirmó Dániel, como si hubiera adivinado los pensamientos de su prometida—, no hay nada más importante que satisfacer los deseos de Roxan.

Ella le miró de frente, por primera vez sin disimulos y se encontró con un rostro complaciente y una franca sonrisa. Aquellas palabras parecieron concienciarla de su nuevo estatus. Secó sus lágrimas y adoptó un porte digno de la más respetable de las señoras.

—Bueno hijos, si me disculpáis yo me despido ya. Es hora de tomar mi infusión medicinal y aquí la verdad, hace demasiado frío para mis viejos huesos.

Extendió su mano para que el caballero la besara y obsequió, con un fingido beso, la mejilla de su sobrina.

A Roxana ni siquiera le importó. Parecía estar ya a muchos kilómetros de distancia.

Dániel abrió el portón y Roxana salió sin titubear. Antes de que él pudiera seguirla, su brazo quedó aprisionado por las rollizas manos de Marta. Dániel se giró y miró dubitativo a la sirvienta.

—Disculpe señor mi atrevimiento, jamás osaría molestarle si no fuera importante lo que tengo que decirle.

—¡Habla!

—Es sobre mi joven señora. Yo la conozco bien. Es todavía una niña, tierna e inocente en muchos aspectos, pero sabrá ser toda una mujer si le da un poco de tiempo. Por favor, trátela con tiento y ternura y no escapará como un pajarillo asustado.

—Veo que la aprecias mucho.

—La vi nacer, la amamanté, cuide de ella cuando era una niña y la protegí cuando ya no estaban sus padres para hacerlo. Hágame caso, sea paciente y gánese su corazón antes que su cuerpo. Ella sabrá agradecerse.

Daniel era considerado por todos como un hombre justo y condescendiente con sus criados y en esta ocasión demostró una vez más que era cierto.

Muy probablemente otro habría montado en cólera por el atrevimiento de aquella criada, pero él se limitó a sonreírla y contestar:

—Procuraré seguir tu consejo.

Roxana esperaba ya dentro del carruaje. Ensimismada como estaba intentando retener en su retina cada detalle de aquella fachada, muy probablemente no se percató de que su prometido entraba en el carruaje y que este se ponía en marcha.